



Contra la dictadura de la pureza

El jurado recompensa a Amin Maalouf como defensor de la convivencia de cultura
Por Javier Valenzuela (El País)



Semanas atrás, Amin Maalouf firmó, junto con Juan Goytisolo, José Saramago, Manuel Pimentel y otras gentes de buena voluntad de España y fuera de España, una petición para que el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia le sea concedido este año a los moriscos expulsados de su tierra en los siglos XVI y XVII. Es un asunto de justicia y equidad: otros compatriotas forzados al exilio por el fundamentalismo nacional-católico, los judíos sefardíes, ya recibieron ese galardón en 1990. No sabemos si el deseo de Maalouf y los otros firmantes se materializará ahora o en ediciones venideras, lo que sí sabemos es que el Príncipe de Asturias de las Letras recayó el miércoles sobre el escritor libanés. El jurado destacó su infatigable defensa de la cultura y de la convivencia.

Maalouf, con el que EL PAÍS conversó telefónicamente, es un hombre particularmente feliz por el hecho de que el galardón sea español. Su primer gran éxito internacional, la novela *León el Africano* (1986), versa, de hecho, sobre un granadino exiliado: Hasan Ben Muhamad Al-Wazzan. "Siempre me ha interesado mucho Al Andalus, ese modelo de convivencia de las tres religiones monoteístas y esa edad de oro de la civilización árabe, pero al personaje de Hasan, también llamado León, llegué por causalidad", cuenta. "Un día, estaba leyendo un libro sobre otro gran viajero, Ibn Batuta, y, en una nota a pie de página, vi que tal comentario de Ibn Batuta había sido confirmado por León el Africano. El nombre era raro, me llamó la atención. Así que busqué en un diccionario y leí que había nacido en la asediada Granada nazarí de Boabdil, que, tras la conquista de la ciudad por los Reyes Católicos, su familia había huido a Marruecos para no verse obligada a adoptar el cristianismo, que había sido un gran viajero y geógrafo y que había terminado en una corte papal. Ya no pude abandonarle. Leí todo lo que había sobre él, viajé a Granada y escribí esa novela".

Nacido en Beirut en 1949, instalado en Francia para escapar de las guerras que desangraron Líbano en los años setenta y ochenta, escritor en francés, ganador del Goncourt en 1993, Maalouf ha escrito ensayos y novelas maravillosos sobre el mundo árabe-musulmán de ayer y de hoy como *Las cruzadas vistas por los árabes* y *Samarqanda*, y textos iluminadores sobre la actual condición humana como el reciente *El desajuste del mundo*. El haber nacido en el seno de una pequeña comunidad, la greco-católica, de un país que siempre ha sido punto de encuentro, y de fricción, entre Oriente y Occidente, el Islam y el cristianismo, la política y la religión, la sensualidad y los negocios, el amor y la guerra, ha forjado su personalidad de intelectual que defiende a la par la universalidad de los valores de la ciudadanía democrática y la riqueza de la diversidad cultural. Frente a los ultras de la pureza de sangre, Maalouf propone el mestizaje, la asunción de las muchas identidades con las que cargamos la inmensa mayoría.

En el caso de Maalouf esas identidades serían las de beirutí, libanés, árabe, de origen cristiano, de idioma francés, de valores laicos y democráticos, de convicciones europeístas, de gustos mediterráneos... e hispanófilo. "España", dice, "me atrae por dos razones poderosas. Una es Al Andalus. Otra es que siempre he soñado con que Líbano se convirtiera en un país moderno, desarrollado, democrático. Tenía muchos elementos para conseguirlo, pero no ha podido ser. En cambio, España ha hecho un verdadero milagro en los últimos 30 años".

La geografía, estar en el lado occidental del Mediterráneo, favorece hoy a España y perjudica a un Líbano que, en el lado oriental, sufre en carne propia la tragedia palestina y los otros tumores del Levante. "El mundo entero, y no solo los habitantes de la zona, necesita una solución rápida y justa a los conflictos de Oriente Próximo, empezando por el palestino", dice Maalouf. "Lo que ocurre allí envenena desde hace décadas todo el planeta. Y el mundo también necesita una Europa más unida y con mayor peso. Si Europa no se une, si no consigue una armoniosa integración de los inmigrantes, si no se alza como la gran referencia de la libertad, la ecología, la paz y la cultura, todo el mundo lo sufrirá. Europa es, debe ser, la voz de la razón".

Maalouf espera que el premio que ayer le fue concedido no impida que España sea capaz de reconocer algún día la tragedia que sufrieron los moriscos. "Los judíos sefardíes y los moriscos fueron grandes víctimas de una visión de uniformidad cultural y religiosa que entonces se impuso a la fuerza en España y que reaparece una y otra vez en la historia. Conozco muchas historias de moriscos expulsados de España que se instalaron en Marruecos y otros países mediterráneos. Siempre vivieron con la nostalgia de España, con el deseo de volver a casa".

Cabe recordar que así arrancaba *León el Africano*: "Mi sabiduría ha vivido en Roma, mi pasión en El Cairo, mi angustia en Fez, y en Granada vive aún mi inocencia".



Hijo del camino

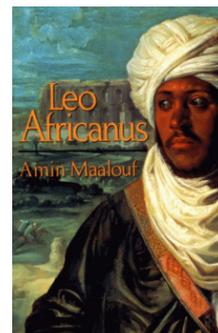
Por Maruja Torres

De una cosa estoy segura. En el caso de que me leyera, Amin Maa-louf agradecería que no inicie esta crónica adjudicándole una identidad. Obviaré, pues, los datos que figuran en los papeles y en las biografías. Eso ya lo saben ustedes.

Más importante me parece aprovechar este espacio para reproducir un párrafo de su libro *Orígenes*: "Otro que no sea yo debe hablar de 'raíces'... No es mi vocabulario. La palabra 'raíces' no me gusta, y la imagen todavía menos. Las raíces se hunden en la tierra, se retuercen en el fango, se propagan entre tinieblas; mantienen cautivo el árbol desde que nace y lo alimentan a cambio de un chantaje: 'Si te liberas, morirás'".

A Maalouf le han otorgado el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, pero bien habrían podido concederle el de la Concordia. Pues de eso va su dilatada obra, de eso va su vida, en torno a eso gira su línea de pensamiento. Hombre puente, decimos, que a su vez insta a los otros a que se conviertan en lazos, y que tanto en ficción como en ensayo (y antes, como periodista), busca en la diversidad ese instante mágico en que los distintos se mezclan.

En el prólogo de su libro *Identidades asesinas*, Amin Maalouf escribió lo siguiente: "Lo que hace que yo sea yo, y no otro, es estar en las lindes de dos países, de dos o tres idiomas, de varias tradiciones culturales". Le incomodará saber que hoy, en www.naharnet.com (prolongación digital en inglés del diario libanés, *An-Nahar*), la noticia de la concesión de este premio ha sido reseñada escuetamente, haciendo hincapié en la cantidad de dinero que el escritor percibirá en euros, con su conveniente conversión en dólares. Pero la información más visitada por los lectores es otra, la que se titula: *¿Fenicios o árabes?, el eterno debate libanés*. Identidades: inseguras o ancladas como alabardas, pero siempre asesinas.



Como León el Africano, puede afirmar: "No procedo de ningún país, de ninguna ciudad, de ninguna tribu. Soy hijo del camino, caravana es mi patria y mi vida la más inesperada travesía". En *El desajuste del mundo* se entrega al análisis de este planeta desafortunado y de sus carencias y excesos. Y saca lecciones. Preconiza una escala de valores basada en la cultura. Y no por ser él un intelectual, un escritor. No habla de la cultura como de un bien de consumo. "Hoy en día", afirma, "el papel de la cultura es proporcionar a nuestros contemporáneos las herramientas intelectuales y morales que les permitan sobrevivir: nada menos".

Amin Maalouf:

"Es interesante contar la historia desde el lado de los perdedores"

El libanés Amin Maalouf obtuvo ayer el premio Príncipe de Asturias de las Letras por una obra que, "frente a la desesperanza, la resignación o el victimismo", traza una línea propia "hacia la tolerancia y la reconciliación" y "un puente que ahonda en las raíces comunes de los pueblos y las culturas", según destacó el jurado. Tras conocer la concesión del premio, Maalouf dijo desde París que se siente "feliz" por un galardón que recogerá "con gusto" y del que "había oído hablar" tras recibirlo autores como Günter Grass, Arthur Miller, Paul Auster, Juan Rulfo o Mario Vargas Llosa.

Maalouf (Beirut, 1949), narrador y ensayista, cuenta también con la nacionalidad francesa al residir en París desde 1976, tras exiliarse de su país por la guerra civil, y está considerado una de las voces más importantes de la literatura árabe y gran defensor de la diversidad cultural y de los valores universales frente al fanatismo.

Amin Maalouf es un "optimista inquieto" al que le interesa "contar la historia desde el lado de los perdedores" con el convencimiento de que la realidad no es inmutable y de que basta con imaginar el mundo de otra manera para reinventarlo. "Intento comprender la realidad sinceramente, sin ponerme orejeras para escuchar sólo lo que quiero oír. Una vez que hago el diagnóstico me digo que la realidad no es inmutable y que hay que transformarla, imaginar el mundo de otra manera y eventualmente reinventarlo", explicó el literato en una entrevista con *Efe*.

"Para mí trabajar es escribir, desde que era niño. Vengo de un entorno en el que se escribía", dijo Maalouf en el salón de su casa, en un clásico apartamento de un barrio residencial parisino, impregnado de olor a incienso y alfombras árabes, un soñador, que nunca para de "construir historias". "A veces es incluso peligroso porque cuando empecé a conducir, podía perderme tanto en mis pensamientos que provocaba accidentes", recuerda Maalouf, autor de *León, el africano o Samarkanda*.

En su cabeza siempre está presente el convulso mundo en el que vive y que le lleva a centrarse en sus textos para buscar soluciones, dice un artista influenciado Leon Tolstoi, Thomas Mann, Stefan Zweig, Cicerón o Mark Twain. Reflexivo y buen conversador, cree que "si hubiera mucha gente de buena voluntad, que intentase hablarse y comprenderse y no permanecer encerrados en una visión estrecha, las cosas irían mejor".



Tertulias Literarias

La literatura "puede ser una herramienta de paz porque puede imaginar un mundo diferente. Tenemos que reinventar el mundo. La literatura tiene la obligación de hacerlo, en todas las lenguas", asegura alguien que cree plenamente en que conocer la cultura y la literatura de otros pueblos allana el camino para la convivencia. "Vivimos en un mundo en el que la gente se acuchilla sin conocerse. Necesitamos conocernos mucho más. Cuando conocemos la literatura de otros, no podemos seguir mirando a ese pueblo de la misma manera", reflexiona un escritor que creció en un entorno árabe-musulmán y que se educó en un colegio jesuita donde aprendió francés, el idioma en el que escribe.

Para el jurado, presidido por el director de la Real Academia Española, Víctor García de la Concha, el autor "ha logrado abordar con lucidez la complejidad de la condición humana" utilizando un lenguaje "intenso y sugerente".

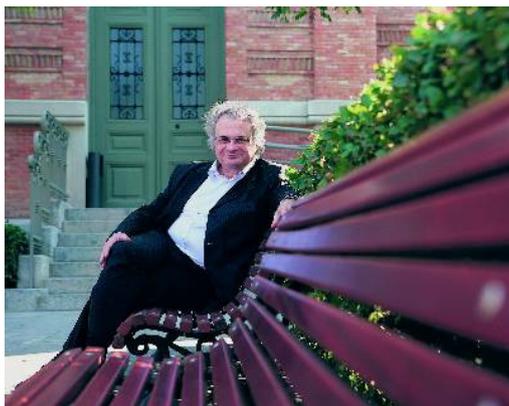
Su obra, indica el acta del tribunal, sitúa al lector "en el gran mosaico mediterráneo de lenguas, culturas y religiones para construir un espacio simbólico de encuentro y entendimiento".

Después de trabajar como redactor jefe de la revista *Jeune Afrique*, en 1983 publicó su primer libro, *Las Cruzadas, vistas por los árabes*, al que siguieron obras marcadas por su experiencia de la guerra civil libanesa, hasta que en 1986 publicó su gran éxito, un relato sobre las aventuras y desventuras de Hassan al-Wazzan, un viajero del siglo XVI conocido como *León el Africano*.

En 1999, publicó *Identidades asesinas*, un ensayo de denuncia de la locura que incita a matar en nombre de una lengua, etnia o religión y, con su siguiente novela, *El viaje de Baldassare* (2000), volvió a situar al protagonista en una encrucijada de culturas y experiencias entre Líbano y el Londres de 1666.

Amin Maalouf: lejos del mundanal ruido

El escritor franco-libanés, ganador del Príncipe de Asturias de las Letras 2010, se instaló hace más de veinte años en una minúscula isla en la costa atlántica francesa. Mientras Alianza suma a su biblioteca completa la versión ilustrada de "León el Africano", el autor nos invitó a pasar un día en este paraje perdido en medio del océano.



Existen tres maneras de llegar a la Île d'Yeu: tomando un ferry que circula dos veces al día, a bordo de un barco de pescadores que avanza a la velocidad de un molusco marino o bien subido en un moderno helicóptero que parece no encajar del todo en esta región costera, de tradición más rural que burguesa. Si, pese a todo, se escoge la tercera opción, el visitante llega a la isla tras haber atravesado una densa bruma grisácea, que parece separarla del continente mucho más allá de la decena escasa de millas náuticas que decreta la cartografía oficial.

Al descender del aparato, uno se encuentra con un hombre redondo y de pelo ondulado, armado de una afable sonrisa y de su inesperable gorra con visera. Ya hace más de veinte años que Amin Maalouf escogió esta isla para pasar la mitad de su tiempo. Y, sobre todo, para poder escribir sin las incesantes interrupciones que padecía en su apartamento parisino, a pocos metros del Arco de Triunfo y en medio de un concierto perpetuo de cláxones y ladridos humanos. Nada que ver

con este paraje justo en medio del océano. Veraneantes tardíos y jubilados continentales pasean por el puerto con la misma despreocupación que el escritor franco-libanés, como si el tiempo se hubiera detenido. En este reducto marino de la región histórica del Poitou, la gente se saluda por su nombre, como en la Francia de antaño, bajo un cielo repleto de nubes plumizas que confieren reflejos casi industriales a un paisaje con 360 millones de años de historia.

"Llegué aquí por casualidad y me enamoré repentinamente del lugar. Entendí que aquí podría escribir con calma, como ha terminado sucediendo", cuenta al volante de su coche mientras nos dirige a su refugio, una tradicional casa de pescadores de una sola planta, jardín interior y ventanas pintadas de azul. En un pequeño despacho que da al pasillo -"exactamente idéntico al que tengo en París", puntualiza- Maalouf ha escrito sus últimos diez libros. "Existe un fenómeno psicológico ligado a las islas. Pese a que sólo nos encontremos a un puñado de kilómetros de la costa, nos sentimos amputados del resto del mundo. Aquí siento una especie de estado de gracia. Logro zambullirme en mi trabajo hasta el punto de olvidar todo lo demás", dice Maalouf.

Hijo del camino

Maalouf, teórico de la identidad cultural múltiple, se reivindica tanto de su Líbano natal -del que escapó en 1975, tras la irrupción de la guerra civil- como de esta isla perdida en medio de la nada. "Creo en la identidad por acumulación, que es algo que ya estaba muy presente en mi familia, mezcla de orígenes musulmanes y cristianos, turcos y egipcios, protestantes y católicos", confiesa. "Lo importante no es el lugar donde naces, sino los caminos que recorres después. De hecho, siempre he odiado la palabra raíces. Los humanos no somos vegetales. Tenemos dos piernas que nos llevan donde queramos ir". Las suyas han cruzado toda Europa hasta llegar aquí. Los paralelismos con sus personajes, a menudo nómadas y aventureros, parecen evidentes. "No procedo de ningún país, de ninguna ciudad, de ninguna tribu. Soy hijo del camino, caravana es mi patria y mi vida, la más inesperada travesía", escribía Maalouf en su primera novela, *León el Africano*.



Tertulias Literarias

Autor de ensayos de referencia sobre el multiculturalismo como *Identidades asesinas* o el reciente *El desajuste del mundo*, Maalouf sostiene que el mundo debería estar listo para abrazar esta pertenencia múltiple a los lugares elegidos, sin tener en cuenta nuestra procedencia geográfica, la religión que nos imponen de niños o la supuesta pertenencia a una nación. “La fase histórica nos permite pasar de todas estas cosas. Los nacionalismos que condujeron a las guerras del siglo pasado han quedado muy superados. Sin embargo, no logramos desprendernos de ciertos tics. Pese a todos sus efectos positivos, la globalización también ha provocado un repliegue sobre uno mismo, por puro miedo a perder su identidad. Al entrar en contacto con otros pueblos, mucha gente se ha sentido amenazada”, teoriza Maalouf, mientras su esposa Andrée -a quien conoció en la universidad y con quien lleva casado desde 1971- coloca sobre la mesa una multitud de platos, que parecen la ilustración culinaria de las teorías de su marido: una mezcla de gastronomía libanesa con especias indias, vinagres japoneses, patatas de su huerto, lentejas de la tienda de la esquina y pescado fresco comprado esta mañana en el puerto de la isla.

Hace diez años, desde la publicación de *El viaje de Baldessare*, que Maalouf se ha alejado de la novela para dedicarse exclusivamente a sus ensayos, además de otros proyectos paralelos. Por ejemplo, los libretos escritos para cuatro óperas de la compositora finlandesa Kaija Saariaho, o un misterioso proyecto teatral del que asegura que sigue siendo demasiado pronto para hablar. Sin embargo, ha consagrado el verano que acaba de terminar a escribir su primera novela en una década. No dirá nada sobre ella, salvo que sigue la línea de lo escrito anteriormente.

A Maalouf lo caricaturizan a menudo como escritor humanista, apelativo que no le molesta en absoluto, pese a las connotaciones de candidez que suele comportar. “Si por humanista se entiende a alguien tolerante con las demás culturas, que siente una pertenencia a la nación humana en su totalidad, lo suscribo sin problemas”, señala. Sin embargo, el muy apacible Maalouf saca las garras si se le trata abiertamente de ingenuo.

¿No le parece algo naïf sentenciar cosas como “en este siglo ya no hay extranjeros, sino compañeros de viaje”, tal como escribió en *El desajuste del mundo*? “Claro que no. Lo que sería naïf es considerar que ya hemos llegado a ese estado de perfecta armonía o que nos dirigimos naturalmente hacia él. Pero el hecho de aspirar a ese ideal no me parece nada ingenuo”, responde con vehemencia, acostumbrado como está a este tipo de acusaciones. “Yo sé perfectamente que la humanidad no está formada por hombres y mujeres de buena voluntad dispuestos a quererse los unos a los otros. Pero desear que así sea algún día no me parece nada ingenuo. Es una aspiración legítima y necesaria. Lo extraño, por peligroso, sería resignarse a lo contrario”, concluye.

La cafetera silba mientras Maalouf sigue desgranando sus razones. Reconoce que su diagnóstico sobre la situación actual es tirando a sombría y que no dispone de mucho optimismo en las reservas. “Me defino como un hombre preocupado, aunque todavía no desesperado. Pero no, no puedo decir que sea optimista. El mundo me parece cada día más duro. Está claro que no nos dirigimos hacia la concordia, sino hacia conflictos cada vez más difíciles y hacia una involución moral alrededor del planeta”, dice con gesto agrio. Para el escritor, las jóvenes generaciones serán las primeras de toda la historia que vivirán peor que sus padres. “Conocerán un mundo más difícil que el de sus progenitores, incluso en lugares privilegiados como la Europa Occidental, que debe ser el lugar donde se vive mejor de todo el mundo”, apunta.

Fontes:

http://www.elpais.com/articulo/cultura/dictadura/pureza/elpepicul/20100610elpepicul_2/Tes

http://www.elpais.com/articulo/cultura/Hijo/camino/elpepicul/20100610elpepicul_3/Tes

<http://www.noticiasdenavarra.com/2010/06/10/ocio-y-cultura/cultura/amin-maalouf-es-interesante-contar-la-historia-desde-el-lado-de-los-perdedores>

<http://www.que-leer.com/10837/amin-maalouf-lejos-del-mundanal-ruído.html>



Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO A